

La pantomima de justicia en México

A propósito de *Procesos de la noche*, de Diana del Ángel

Iván Cruz Osorio

EN ESTA TIERRA, QUE AÚN LLAMAMOS PATRIA, la noche no ha sido otra cosa que el largo penar en la búsqueda de justicia. Tras la conquista, muy pronto nuestros predecesores comprendieron la indiferencia, la inequidad e indefensión a la que serían sometidos, nos cuenta Miguel León-Portilla que sólo treinta y cinco años después de la toma de México Tenochtitlán un número significativo de nahuas ya escribían en castellano y estaban familiarizados con los procedimientos ordenados por la Corona española para presentar quejas y demandas. Éstas eran dirigidas directamente al mismísimo rey de España, pero nunca tuvieron respuesta:

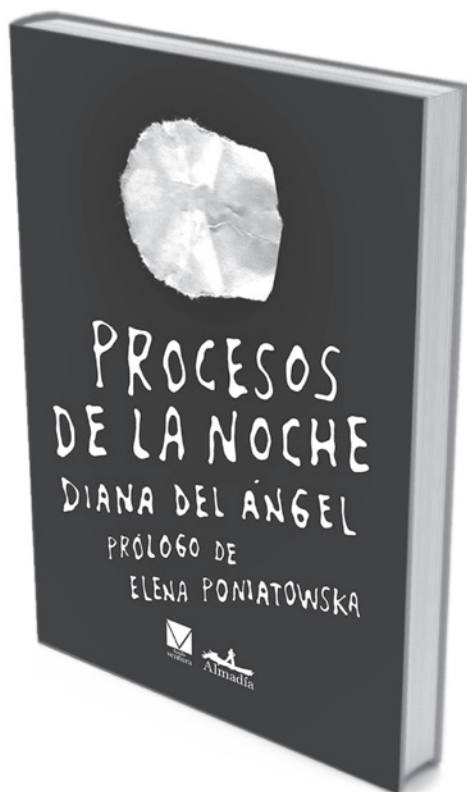
Al muy alto y poderoso Rey y Señor nuestro, don Felipe, rey de España:

Los señores y principales de los pueblos de esta Nueva España, de México y su comarca, vasallos y siervos de vuestra Majestad, besamos los reales pies de Vuestra Majestad y con la debida humildad y acatamiento suplicamos y decimos que, por cuanto estamos muy necesitados del amparo y socorro de Vuestra Majestad, así nosotros como los que a cargo tenemos, por los muchos agravios y molestias que recibimos de los españoles, por estar entre nosotros y nosotros entre ellos, y porque para el remedio de nuestras necesidades tenemos muy gran necesidad de una persona que sea protector nuestro...

Estos son los primeros pasos para conseguir justicia en estas tierras, desde entonces abundan cartas, historias, poemas, novelas, crónicas. No deja de sorprenderme el desconocimiento,

la ignorancia o la indiferencia con la que muchos mexicanos en la actualidad añoran los tiempos “mejores”. ¿Hubo tiempos mejores? Nuestra historia o, mejor dicho, nuestro martirologio, como mencionaba José Emilio Pacheco, es muy claro al respecto. No hubo tiempos mejores para la libertad de expresión o para los derechos humanos o para la democracia o la justicia. Esta última época que se puede contar desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari al de Enrique Peña Nieto (1988-2018) ha caminado rumbo a una pasmosa e irrefrenable escalada de deshumanización, de una violencia brutal, de una crisis de derechos humanos, del ascenso a todos niveles de la corrupción y la impunidad.

Procesos de la noche, de Diana del Ángel (1982), es una crónica que recoge una de las ya miles de historias de impunidad y de búsqueda de justicia en que órbita nuestro país actualmente. Se trata de la tortura y ejecución de Julio César Mondragón Fontes. El caso ya es emblemático porque camina junto al de los 43 normalistas de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” de Ayotzinapa que el 26 de septiembre de 2014 fueron desaparecidos en la ciudad de Iguala, Guerrero. El caso de Julio César Mondragón como el de sus compañeros normalistas tuvo el mismo trato, es decir, una franca consigna para no esclarecer quién, de forma fehaciente, participó, ideó y ejecutó, y de qué manera. El perverso informe, llamado “verdad histórica”, con el cual, el otrora titular de la Procuraduría General de la República (PGR), Jesús Murillo Karam, quiso limpiar la cara del Gobierno Federal, el Ejército



Procesos de la noche
Diana del Ángel
México, Almadía / Fondo Ventura,
2017, 210 pp.

y el Ejecutivo, sólo sirvió para poner en una innegable crisis de institucionalidad al presente gobierno. En *Procesos de la noche*, Diana realiza un íntimo acercamiento a las entrañas de la corrupción, el raquítico alcance de los empobrecidos y poco capacitados ministerios públicos municipales y estatales, la burocracia como elemento de obstrucción de la ley, y la descarada consigna del gobierno federal para imponer su versión de los hechos.

La crónica se inicia el 2 de noviembre de 2014 y concluye a mediados de 2016, durante este trayecto la autora nos introduce en dos narraciones. La primera fluye alrededor del caso ministerial y todas las trabas, omisiones, que sufren su esposa, Marisa Mendoza Cahuantzi, la familia Mondragón, la abogada Sayuri Herrera, quienes junto al colectivo El Rostro de Julio y Aluna emprendieron el proceso jurídico para exhumar el cuerpo de Julio César y realizar una nueva necropsia a cargo del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), ya que el primer examen no documenta la tortura e insinúa que el desollamiento del cuerpo fue realizado por la fauna del lugar. La segunda narración se distingue por el título “Rostro”, que busca precisamente reconstruir quién fue y qué es para las personas que conocieron a Julio César Mondragón. Ambas narraciones construyen un discurso desgarrador sobre las entrañas de la “justicia” en México. Uno de los aciertos de esta crónica es adentrarnos de manera íntima al sentido de indignación e indefensión que vive el mexicano de a pie, no el de las grandes ciudades, sino el de a pie que históricamente vive sometido a los designios del centro, no hay desarraigo y orfandad mayor que el que se vive fuera de la Ciudad de México. La llamada “guerra

contra el narcotráfico” sólo se vive realmente en esos municipios entregados al crimen organizado como campos de batalla en que los pobladores son los que ponen los muertos, los desaparecidos y los desplazados, todos ellos conforman el gran olvido de este gobierno. Lo que trágicamente se ha aprendido en nuestro sistema es que la justicia se busca, se persigue, se exige, se suplica, se paga. Diana se pregunta y pregunta a cada mexicano que sufre los estragos de la violencia y la impunidad: “¿Qué es lo que hay que hacer para que ellos hagan su trabajo? ¿Qué hay que hacer, además de poner los muertos, para tener un funeral?”. Es una pregunta brutal, en la medida de que nos convoca a responder como sociedad ante el poder corrompido, porque en realidad sólo la sociedad como bloque puede ser quien cambie el actual estado de las instituciones; mientras tanto, seguiremos siendo testigos o, peor, comparsas de la impunidad. Diana del Ángel ha escrito una crónica puntual, sin esa pusilánime objetividad por la que muchos claman, sino con la clara consigna de que su trabajo es una crónica de denuncia. *Procesos de la noche* —junto a *La verdadera noche de Iguala. La historia que el gobierno trató de ocultar* (Grijalbo, 2016), de Anabel Hernández—, hasta el momento, es el relato más fiel de uno de los sucesos más emblemáticos y traumáticos que ha experimentado México pues revela a un Estado corrompido por el crimen organizado en todos sus niveles, y nos coloca a los ciudadanos en un examen profundo de nuestra participación u omisión ante el derramamiento de sangre, la corrupción y la impunidad de nuestro presente, un tiempo que el mexicano del futuro —si llega a existir— habrá de ver como de vergüenza y barbarie. ■